

Las aguas bajan sucias

Julian Axat

Cuando el agua se escurrió dejó al descubierto una trama de complicidades y ocultamientos que salpicaron a funcionarios locales y a la policía. Julian Axat repasa los manejos turbios de la famosa lista de muertos y los ecos inadmisibles alrededor de la gestión de los cuerpos. La mugre que quedó en la alcantarilla.

Durante esos días estuve en los distintos barrios afectados por el temporal de La Plata y he visto a mucha gente ayudando, preocupada por los demás, militando, poniéndole el cuerpo, donando lo que tenía. He visto a gente que nunca hubiera abierto su casa ofreciéndola a extraños con sus niños en brazos. He visto a los vecinos que, bajo el paraguas de la inseguridad se miran en el día a día con hostilidad y miedo, y ante la misma calamidad pueden compartir un mate, agua y frazadas. Por primera vez he visto a gente cercana que dice ser "apolítica" y "que se vayan todos" sentirse unos inútiles frente al televisor que les hace saber los muertos a cuentagotas, diciendo que quieren salir a ayudar o a donar (no ya lo que les sobra, sino lo que pueden tener). Los he visto cargar de todo en sus autos y dirigirse a los lugares de distribución, y no solo para quedarse con la conciencia tranquila, sino para marcar un aporte o hacerse responsables de algo.

Aunque he visto cómo pérdidas materiales y cadáveres se siguen apilando en inundaciones ante la incapacidad de cálculo de dirigentes políticos que sobreactúan ante la catástrofe y ni siquiera han estado en el lugar de los hechos y patean la pelota para otro lado. He visto cómo en el momento en que el agua baja, los que más sufren son los vulnerables del asentamiento, los del arroyo sin entube, los barrios marginales con las casillas de madera que hunden sus patas en el barro y son desaguadero de los desechos de otros barrios urbanizados. Los que perdieron todo, hasta su DNI y no tienen forma de recuperarse ni bajo crédito blando. He visto nóminas de ancianos y niños pobres desaparecidos -arrebataados por el agua de los brazos de sus hijos y madres- que no aparecen y a esas madres desesperadas buscando en todos los rincones, destruidas e impotentes esperando la identificación de cadáveres en la morgue, la lista publicada en los diarios de mañana. He visto salas complejas del Hospital de Niños sin luz y a funcionarios de bajo vuelo buscando equipos de electrógeno con urgencia, para que en los medios no se enteren de tamaña vergüenza. Patotas de punteros distribuyendo algunos víveres a unos sí y a otros no; a los que pergeñan saqueos en las peores horas para generar más malestar del existente o a aquellos que claman por la completa militarización de la zona del desastre dado que para éstos era hora de que los militares salgan a la calle.

He visto que el estrago reclama presencia, "estar ahí" frente a los hechos y los más débiles. He visto a ministros que comúnmente hacen demagogia punitiva, que ahora se colocan el disfraz de piloto de tormentas para ofrecer su

tranquilidad a diestra y siniestra. Pero a los que también he visto, y de esos no me olvido, es a los que tienen capacidad de estar y entienden que la situación límite es una puesta a prueba del nivel de solidaridad de los argentinos aniquilado por dictaduras y cortado por años de neoliberalismo.

En estos días he visto al miedo del "no te metas"; a la miseria del "sálvese quien pueda"; al temor a "esa gente peligrosa" chocar y hacerse añicos contra el muro de la solidaridad y la participación. Pues en este encuentro he visto una cadena nada improvisada de lazos militantes juveniles vinculada a los propios vecinos afectados, absolutamente unidos y organizados, claramente comprometidos, rotando entre la mañana y la noche. Los he visto actuar desinteresadamente, mostrando algo de la entrega y generosidad que tuvieron sus padres diezmados o desaparecidos y -acaso- meditando que la misma tarea reclamará el día a día, y no solo esta ocasión excepcional.

Durante 1976 y 1980 las Morgues judiciales tenían la práctica de extender certificados de defunción y ordenaban la inhumación de cadáveres de personas detenidas-desaparecidas por orden de las fuerzas militares-policiales y sin la intervención de un juez competente. Los procedimientos buscaban fraguar casos de tortura y posterior ejecución sumaria, certificados bajo el rótulo de "muertes por paro cardiorrespiratorio no traumáticos", en casos donde lo que existía era un tiro en la nuca. El libro Poder Judicial y Dictadura: El caso de La Morgue, de la antropóloga María José Sarraibayrouse de Oliveira es una obra capital para entender las formas del encubrimiento y gestión de los cuerpos de las personas desaparecidas por policías, médicos forenses, médicos particulares y la trama que le permitía al dispositivo genocida funcionar a la par del poder judicial que se apartaba. Así, los cuerpos desaparecían, se enterraban NN, osarios o aparecían arrojados en falsos enfrentamientos o accidentes de autos. Si bien los tiempos cambian, estas prácticas se reconfiguran en democracia como herencia autoritaria de la misma cultura policial intocada, haciendo posible que estas burocracias tengan capacidad reproductora cuando la coyuntura o la excepcionalidad lo exige (ya Rodolfo Walsh hablaba de una "Secta de las manos en la lata que gatilla y encubre"). La familia judicial puede funcionar de la misma manera que antes; basta con dejar hacer no judicializando aquellos casos de muerte dudosa que la decisión política o el propio autogobierno policial (como violencia institucional) pretenden gestionar por fuera de los cauces legalmente establecidos.



El caso de la policía bonaerense es preocupante, pues los médicos de policía y las Morgues suelen ser lugares, zonas de nadie, donde muy pocos se atreven o saben a ciencia cierta qué se conserva, qué ingresa o sale; quién es el médico forense, cómo se evalúa una autopsia, quién es el que la dictamina y hasta cómo se certifica. El poder de discrecionalidad tanatológico-policial dentro de una Morgue bonaerense es directamente proporcional a la incapacidad histórica del Poder Judicial de la provincia de Buenos Aires de querer ingresar, intervenir y saber qué ocurre en su interior. Los dictámenes no se discuten, se reproducen literalmente en los juicios orales. La policía sabe y habla sobre los cuerpos. La ausencia de una policía judicial dotada de funciones tanatológico-forenses es la clave para romper con la matriz cultural de la vieja Morgue policial, atada a los resabios del terror y ausencia judicial.

El circuito burocrático de las muertes de origen dudoso en tiempos normales ya de por sí presenta un entramado de opacidad digna de la mejor antropología (constatación de cuerpo hallado con signos de fallecimiento traumático, traslado ambulancias-policía, constatación, morgue o certificado particular, gestor-formulario 03, sepelio, registros de las personas, certificado defunción, cementerio o crematorio o reserva en la morgue). En tiempos de catástrofes naturales y climatológicas este circuito entra en crisis y un sistema policial entrenado históricamente en prácticas de gestión discrecional de los cuerpos aumenta el nivel de opacidad; más si el criterio posterior de cómputo de las víctimas fatales de la catástrofe no se basa en protocolos de registración-publicidad donde prima el criterio sanitario-

epidemiológico-accidentológico, realizado por un equipo de crisis coordinado por el Ministerio de Salud para quien (a la postre) una muerte traumática y otra no traumática causada por la misma tragedia resultan ser matices dentro del mismo registro.

Si es la policía el órgano de contabilizar las víctimas fatales de un temporal, entonces los criterios sanitarios pasarán a ser netamente criminales: únicamente causas penales; el resto, silencio o fallecimiento ajeno a la tragedia. Si tenemos en cuenta que esas burocracias policiales siguen siendo resabios intocados del pasado; si son funcionales al empecinamiento electoral por clausurar el número de víctimas y silenciar otras bajo el eufemismo que sea; entonces su grado de torpeza será tal, que en vez de reducir el pánico, lo retroalimentan en su actuación. Pues para cumplir con esa decisión de mantener una cifra, su brazo ejecutor echará mano a certificar en las formas espurias provenientes del pasado. Así gestionará (selectivizará) lo penalizable y, por supuesto, la corporación judicial no se meterá en esta clasificación escandalosa. Habrá confusión, distintas listas, muertes dudosas certificadas por médicos particulares, cuerpos cremados sin haber pasado por la morgue cuando pudo haber signo de trauma y los cuerpos encontrados en la vía pública.

Decía el poeta Néstor Perlongher en un fragmento de su largo poema escrito en el exilio: *En la provincia donde no se dice la verdad / En los locales donde no se cuenta una mentira / -Esto no sale de acá- / Hay Cadáveres...*